

suelto, convencido del próximo buen éxito de su empresa, y cortaba la corriente con sus piernas acoradas sin desviarse una vez sola. ¡Ni siquiera en los raudales encajonados pudo aquel torrente arrastrar a su antojo al guapo intruso; que sus fuerzas eran prodigiosas, y con orgullo cuidaba del rico tesoro que llevaba!

Ya iba a alcanzar la orilla; pero ante la proximidad de su triunfo, se interpuso el vacío que pronto sentiría al separarse de Zulai; envolvió a la niña en una mirada tierna y significativa, salió del río, y la depositó sobre un tronco caído de la ribera. Luego, como para pedirle su aprobación, da un paso atrás, cruza sus brazos, y la pregunta: ¿Qué tal?

Ella baja sus ojos y gruesas lágrimas caen sobre su regazo. El, sorprendido al verla llorar, se acerca, y tomándole una mano, le dice:

—Zulai, ¿te hice algún daño...? ¿Por qué lloras? ¿No he sabido llevarte?

En el semblante de la india se reflejó el vehemente deseo de servir, amar y obedecer a este hombre subyugador; levantó sus ojos húmedos, y llena de dulzura y sentimiento, le habló así:

—No, Ivdo, no, por eso no lloro. Tus brazos me han sabido alzar; son fuertes como las ramas de un árbol; pero es que yo los quiero para que a mí sola me enlacen; quiero tu cara varonil y bella, para que a mí sola siempre sonría; quiero tus piernas potentes, que cortan la corriente como corta el viento

las hojas del plátano; quiero ser siempre pequeña, siempre débil, para que tú me protejas. . .

El mozo, encantado en la naturaleza ingenua de Zulai, enamorado desde niño de esta criatura, se arrojó a sus pies y le ofreció su amor y su vida. Juró a su oído fidelidad y ternura, prometiendo a la niña celebrar la boda pronto, antes que entrara la nueva luna.

Ella aceptó el amor puro de Ivdo, como una necesidad que llenaba el vacío de su vida solitaria, y la fresca mañana de verano fué testigo de los esponsales sencillos del amor y la juventud risueña.

.....

Siguió sola, con paso lento, el camino que conducía al poblado. Un mundo nuevo se abría a sus ojos. Su corazón de niña acababa de despertar al franco llamamiento del amor, y amaba la vida porque Ivdo había aparecido en ella para guiarla y dulcificarla. Y la dicha de los instantes recién pasados, ejercía el mágico poder de hacerla olvidar su pena.

Caminaba como en un sueño; distraída, tomó un *trillo* que conducía por una cuesta directamente a la plaza, desembocó de pronto en ella, y allí la realidad desnuda ofreció a su vista una escena aterradora.

Tirada sobre la piedra de sacrificios, yacía la figura de una mujer en extravagante posición. Corrió presurosa al sitio, y se detuvo temblando: en las facciones lívidas de aquella infeliz reconoció a su madre.

Un grito penetrante de dolor, grito gutural, casi salvaje, hendió el aire. Zulai pedía auxilio, llamaba, y a sus gritos no respondía sino el eco.

Se agachó y la palpó: estaba fría, parecía muerta, y sin embargo, notó que su corazón palpita débilmente. ¿Qué le sucedía? ¿Por qué estaba yerta y en aquella postura? Todo el peso de su cuerpo se apoyaba sobre la cabeza, pues aunque echada sobre el dorso, éste se levantaba de la piedra formando un verdadero arco. Trató de alzarla, pero algo como una fuerza misteriosa, o como un peso enorme gravitaba sobre aquel cuerpo, impidiendo moverlo. Tuvo miedo por primera vez en su vida. Miedo por ella misma, miedo por su madre. Sólo los espíritus maléficos podían haberla castigado de un modo tan cruel; ellos tenían tantos poderes sobre los mortales, que les era dado producir un sueño de muerte como éste.

Dominó sus sollozos para contemplar a su alrededor: los ranchos permanecían aún con sus puertas cerradas, y no daban señal de vida: el Palenque se alcanzaba a ver a lo lejos. Todo estaba silencioso. ¡Nadie acudía para socorrerla, nadie para consolarla!

Pero en su desolación, aquella naturaleza enérgica y fervorosa no se abatió. Miró a Oriente: el Sol nacía, derramando luz y calor; ese Astro esplendoroso sería su consuelo; a él elevaría una plegaria.

Arrodillóse; agachó su cabeza en señal de humildad, levantó sus brazos en actitud suplicante, y

le dirigió esta sencilla pero elocuente imprecación:

—¡Oh Dios Sol!, Tú que das vida a todos los seres, e iluminas hasta la oculta hondonada, revive a mi madre querida, y alumbrá de nuevo mi sendero: lo he perdido y la oscuridad me acobarda y detiene en la aflicción. . .

Dicho lo cual rindió sus brazos, y quedó sumergida en doloroso éxtasis largo rato.

Y el sol ejerció su benéfica influencia. Sus tibios rayos bañaron a Zulai en efluvios suaves, haciéndola sentir bienestar y consuelo.

Levantóse tranquila y con una determinación: iría donde el Cacique a rogarle que despertara a Guaré de su letargo. Antes de dirigirse al Palenque pasó frente a los ranchos de los tzugurs; de uno de ellos salió un indio viejo, corpulento, con mechones de hebras blancas que salpicaban su negro cabello: le interceptó el paso, y con un gesto imperioso de silencio, la hizo retroceder y seguirlo donde yacía la anciana; la miró con compasión y le habló así:

—¡He oído tus lamentos, oh Zulai! He visto desde un agujero de mi choza correr tus lágrimas, y perderse en el eco tu dolor; no me acerqué a ti porque no podía prodigarte consuelo, pero escuché tu humilde oración al Sol y me enterneció tu plegaria. Oye: tu madre ha sido transformada en *bucurú* (maleficio) por la mano poderosa de Kaurki; mas si crees que de algo te sirve Yurán, el fiel amigo de tus padres, manda, que él te obedecerá.

Y aquel indio corpulento que ejercía el cargo del sacerdocio, en íntima comunión con Zulai compartió su dolor. Ella aceptó sus consuelos llena de agradecimiento, y resolvió ir en busca de Ivdo para pedirle consejo. Bajó la pendiente, llegó al río por el mismo sendero que aquella alborada había recorrido, y allí encontró a su amante. El corrió en su busca, ansioso por saber alguna nueva, y al notar en su semblante las huellas del sufrimiento, le dijo con ternura:

—¿Qué te aflige?

Como contestación, la niña se echó a llorar: había sufrido tanto, que las lágrimas brotaron a raudales, mitigando la pena de su oprimido corazón el cariño de su Ivdo, quien la atrajo a su lado y la consoló como a un niño.

Entre sollozos y frases vacilantes, escuchó de aquella boca querida la triste historia de Guaré, tal como se la narró Yurán:

—“Después de haber conseguido, en Dorien, Mamita Guaré las provisiones necesarias, y de haber charlado con los amigos, salió del poblado; pero al atravesar la plaza, frente a la piedra de sacrificios, encontró al Cacique con algunos de sus vasallos. El le preguntó a dónde se dirigía, y ella le contestó que ya se marchaba a su casa, y continuó su camino. Pero Kaurki insistió en dirigirla de nuevo la palabra, requiriéndola por no haber traído con ella a Zulai, a lo que respondió que ella dejaba a su hija en libertad de venir o no. Encolerizóse el

Cacique, y le aseguró que si no la conducía pronto a su Palenque, se vengaría. Y porque la madre indignada desafió tal amenaza, él se irguió, acercóse a ella, y abusando del poder hipnótico que poseía, la miró fijamente por largo espacio de tiempo (en que ella no pudo defenderse) diciéndole imperiosamente así:

—Permanecerás bucurú, hasta que tu hija venga en tu busca.

Cayó Guaré desplomada sobre la piedra de sacrificios, formando un arco su espalda, y en un profundo sopor del que aun no despertaba.”

Abismado escuchó Ivdo el relato y guardó silencio, expresando en su semblante todo el desprecio que le inspiraba tan baja acción. No quería participar a su amada sus siniestros pensamientos, y ella respetó su dolor.

Joven, valiente, decidido, se rebelaba ante tanta crueldad e injusticia; la idea de venganza se apoderó de su ánimo, e hizo renacer vigoroso el viejo odio que de antaño guardaba a Kaurki. El vencería a este enemigo que le arrancaba a su amada la dicha. Sí... él triunfaría. Pero ¿cómo? ¿Sería acaso peleando cuerpo a cuerpo, como tantas veces lo había hecho con pumas, tigres u hombres salvajes? ¿Vería él caer a sus pies, derribado por su hacha, al cruel Cacique que volvía a ponerse en su camino? ¡No!, ¡esto no podía ser! Él era un extranjero; no tenía a su lado a sus valientes que le defendieran; sólo Zulai y el fiel Yurán lo querían.

Había que buscar otra solución a esta desigual pelea. Y viendo que de nada serviría la fuerza bruta, optó por echar mano de la intriga y de la audacia.

Rápido para ejecutar como para concebir, se levantó de su asiento, pasó la mano por su frente como para alejar cualquier duda que se presentara, y con semblante demudado, mirada resuelta y con voz apasionada y breve, se dirigió a su amada preguntándole:

—Zulai, ¿tú me quieres?

—¡Qué pregunta la que me haces, Ivdo, cuando sabes que es tuyo mi amor! ¿Que si te quiero?: más que a mi vida... Amo mi existencia porque alcanzo a ver un porvenir dichoso que pasaré a tu lado; pero... si quieres esta existencia... tómala, que a ti te pertenece.

—Basta niña, basta. Sé que me quieres; pero escucha, que de tu resolución depende nuestra dicha y la de tu madre. Y acercándosele al oído le habló en estos términos:

—Zulai, eres todavía muy joven, y nada sabes de las maldades del hombre; si un deseo turbulento le domina, perturba su ser, y para lograr su intento no omite medios por bajos que ellos sean. Me pesa decírtelo; pero comprendo cómo debe codiciarte Kaurki, cuando ha pactado con los malos espíritus, transformando a tu madre en *bucurú*, al saber de tu esquizencia e indiferencia. Comprende el malvado que tú, al notar su ausencia, llegarás en su busca, y este momento lo aguarda él con sed ardiente para

enseñarte todo su poder y amedrentarte, exigiendo ser tu dueño a cambio del despertar de tu madre! Esto pretenderá el Cacique infame... y... yo... me hallo impotente para evitar tamaño desastre... Pero no te abatas mi Zulai... Aguarda... ¿Recuerdas aquella leyenda que te enseñó tu madre cuando estabas chiquitita? ¿Recuerdas cómo en el principio de las edades, el espíritu de la Luz, del Bien y de la Justicia triunfó sobre el espíritu de las tinieblas y la ignorancia, llenando a Dorien de bendiciones? Así triunfará nuestra causa, porque es justa y santa. Y perdón pido al Dios Sol si en estos momentos tengo que valerme de la astucia para hacer caer en el lazo al vil monstruo! Mejor quisiera acercarme al Palenque, buscarlo en su hamaca y hundir en sus entrañas todas mis flechas... Pero entonces me harían pedazos sus vasallos, y nadie perduraría para salvar a mi Zulai. Por ti debo sacrificarlo todo, e inmolar en aras de la conveniencia mi vanidad, este legítimo orgullo que quería conservar intacto... Todo debe sucumbir... Y tú, mi amada... acércate al Cacique; sólo en sus manos está devolver la salud a Mamita Guaré... Y cuando el odioso te pregunte si serás su mujer, tú le debes decir... que... sí. Pero óyeme: no te intimides entonces... Yo te adoro... piensa en mí en ese instante, y ten presente que la india más franca, más ingenua, tiene en lo recóndito de su ser un arma que le asegura la victoria, y de la cual no debe hacer uso sino en raras ocasiones: la audacia... Al con-

descender obtendrás la vida de la viejecita que yace en tan terrible estado. Y no hablarás a nadie de tu Ivdo; guardarás secreto nuestro amor, y sólo Yurán será tu confidente. Pero no te aflijas, mi Zulai. ¿Piensa esa cabecita adorada que yo la abandono? Jamás. No perderé mi tesoro sino a costa de mi vida... Deja que se engañe Kaurki y con él la turba; pero aguárdame, que yo llegaré por ti el día de tu boda, antes que el sol se oculte... Nada preguntes, nada temas: espéralo todo. Si no me ves, es que vagaré errante por las selvas preparando el curare que ha de envenenar a ese monstruo.

Ivdo, exaltado, se levantó del lado de su amada, y comenzó a recorrer el terreno de las cercanías con paso agigantado. Tenía la cara lívida y gruesas gotas de sudor bañaban su frente.

Ella comprendió la tempestad que rugía en la vibrante y apasionada naturaleza de su amado, y dominó su pena para llamarlo con suave acento y atraerlo de nuevo a su lado. Le envolvió en su cabello, y prodigándole ternuras, con voz emocionada le dijo:

—No temas, Ivdo; yo te obedeceré. Creo en tus palabras y confío en el Espíritu del Bien que guiará mis pasos, ayudándome a sufrir valerosa. Pensaré en ti siempre, y ansío la tarde de mi boda para ver hundirse el sol y recibir la luz que tú darás a mi alma!

¡Parecía una iluminada! Su tez bronceada estaba radiante; sus ojos grandes, muy abiertos, mi-

raban algo no terreno; su cabello no flotaba con la brisa como los musgos de los altos cedros, y su semblante, resignado y triste, revelaba el dolor con que aceptaba este irremisible camino, en espera de alcanzar luego la dicha deseada. Ya no lloraba.

Ivdo la miró sorprendido. ¡Qué extraordinaria nobleza la de su amada Zulai, que contrastaba tanto con la generalidad de las indias de Dorien!

“¡Hija de Guaré, aventajada discípula de Yurán, bendita seas! ¡Que el Sol alumbre tus pasos! Que nunca se contamine tu pura alma del aliento vil de Kaurki. Sigue adelante. Yo te salvaré”. Dijo Ivdo esto en un arranque de entusiasmo, y quitándose del pecho un amuleto de oro que siempre usaba, lo ató al cuello de su amada.

Ella observó, encantada, la prenda que apretó contra su pecho en señal de cariño; luego se miró desconcertada: nada tenía que darle a Ivdo que simbolizara su amor; tendió la vista a su alrededor, y reparó muy cerca, al alcance de su mano, entre las lianas, una planta trepadora de sombrías hojas, ostentando flores encarnadas de belleza sin par; arrancó una y la ofreció a Ivdo:

—Tómala—le dijo—y acuérdate de Zulai.

Era una estrella de monte, una fragante y preciosa pasionaria, cuyo perfume delicioso y suave, trajo a los sentidos del amante el aroma que emanaba del joven cuerpo de su amada. Cuando levantó la vista, Zulai había desaparecido.

.....

Volvió la niña al lado de su madre, tan transformada que no parecía la misma. El fiel sacerdote cuidaba de la anciana, y cuando preguntó ansioso qué había resuelto hacer, ella le contestó:

—Voy a acercarme pronto donde Kaurki, para pedirle que devuelva la vida a mi madre, y como exigirá alguna recompensa, yo tendré que obedecer sus mandatos... Seré su mujer, aunque le odio; es consejo de Ivdo y yo creo en él... Pero no pongas esa cara tan espantada... tú no sabes cuánto me adora... (y bajando algo de tono) vendrá por mí la tarde de mi boda cuando el sol se oculte. Es un secreto, pero tú eres el único confidente!

Pronunció estas últimas frases con acento tan lastimero y tembloroso, como haciendo un esfuerzo supremo por dominar su pena, que Yurán se alarmó. La hizo recostarse en la hierba cerca de la piedra de sacrificios y logró hacerla descansar. Cuando notó que dormía, vigiló su sueño.

El descanso entonó aquella privilegiada naturaleza y la preparó para entrar serena a la lucha.

.....

Con pie seguro y llena de valor, se encaminó unas horas después al Palenque. Atravesó la plaza, y como a unos quinientos pasos de allí, se halló frente al espacioso terreno rodeado de cañizo que cercaba la vivienda del Cacique.

Entró resuelta; algunos vasallos la miran extrañados, pero ella no se intimida.



—Tómala, —le dijo —y acuérdate de Zulai.

Kaurki, perezoso, dormitaba recostado en una amplia hamaca de vivos colores; un indio alto, delgado, casi desnudo, con las flechas listas, cuida de una arca grande de madera que guarda los tesoros de la familia real. Ojea con desconfianza a la niña, avanza como obstruyéndole el paso y le pregunta con altanería, qué quiere.

—Quiero hablar con Kaurki.—Al eco de esta voz se incorpora el Cacique, mueve nervioso la hamaca, frunce el ceño, abre y cierra varias veces los ojos, y tras un ligero bostezo le dice con burlona sonrisa:

—¿Qué busca aquí la hija de Guaré?

—Busco ¡oh Kaurki!, tu clemencia. Busco la vida para mi anciana madre; los espíritus maléficos le han transformado en bucurú, y tu poder imploro para que lo extiendas y compadezcas a una hija desgraciada!

—¡Hola! ¿Conque en mansa paloma se ha tornado la caprichosa cervatilla? ¿Se acerca hoy a mi Palenque la altiva Zulai? ¿La que esquiva venir a Dorien para que yo no la vea? ¿Y quiere ahora que la proteja, que la favorezca? ¡Insensata! ¡Si de mí esperas compasión... más te valdría no haber buscado albergue bajo mi techo!

Se levantó y golpeó con ímpetu el suelo en prueba de su cólera.

Zulai se sintió tambalear; no estaba preparada para esta repentina bravata, pero comprendió que perdía terreno si se dejaba atemorizar; se abrió paso

por entre una gran turba de vasallos que la rodeaban en actitud amenazante, y con el pensamiento fijo en Ivdo y sus consejos, así imploró, acercándosele:

—¡Perdona, Kaurki, a la caprichosa chiquilla de ayer, para agradar a la mujer de hoy! No hagas caso de las niñerías de una india casi salvaje; oye los ruegos de la hija que tiembla por la vida de su madre.—Más bella aun en postura suplicante, llegó casi al lado del Cacique y continuó:

—Mejora a Guaré. Eres grande, rico, feliz; sé también generoso, y Sibú te recompensará allá en el cielo.

La influencia persuasiva de Zulai iba subyugando al Cacique. Su ceño desapareció; entrevió una esperanza favorable a sus intentos, y cuando la niña, llena de entusiasmo, le pedía la dicha para ella y su madre, él, astuto, tramaba hacerla caer en un lazo.

—Y si curo a Guaré ¿qué me ofreces tú en cambio?

—¿Qué puedo darte, ¡oh, mi Cacique!, que valga tanto como la salud que devuelves? Soy pobre. No tengo tesoros... pero... mira: todo cuanto hemos heredado de mi padre prometo solemnemente que pasará a tus manos. Nuestra choza, aunque humilde, es grande y cómoda; el jardín medicinal de mi madre, que contiene plantas milagrosas; las tierras que poseemos, llenas unas de milpas y otras de cacao; las antiguas armas de piedra, los guijarros

pintados... y (viendo el enojado gesto con que recibía las ofertas) me troncharé el cabello, que dicen es hermoso, y te lo daré.

Indignado le contestó:

—No quiero tu rancho, que como ése poseo centenares de que disponer a mi antojo; ni tus sembrados, que tengo muchísimos en mis extensos dominios; desprecio las armas y los guijarros, que mi arca está repleta de oro y valores, no siendo lo tuyo ni una gota en el mar de mis riquezas... Sólo quiero, Zulai, tu cabellera, que es hermosa como la noche, larga y brillante; la quiero para en ella extasiarme; pero no la acepto desprendida de tu cabeza, no; (y acercándose mucho) la quiero, niña, unida a ella, y exijo tu cabeza unida al cuerpo. Te quiero a ti toda, quiero que seas mi mujer y que se cumpla el sueño de mi vida... y si no me quieres... tu madre será bucurú hasta que la vida se apague en su débil cuerpo.

Zulai se estremeció. ¡Cuánto énfasis en sus frases! ¡Cuánta amargura en sus amenazas! Su última ilusión cayó hecha pedazos por la pasión desbordada de ese hombre cruel, y entonces... haciendo frente a lo irremediable, contestó:

—Sea; yo seré una de tus mujeres, si destierres esa maldición y purificas de bucurú a Guaré; pero... pronto, no dejes para mañana el devolvernos la dicha.

II

MAGNÁNIMO a los ojos del pueblo inconsciente, pero vil e interesado a los ojos de Zulai, se mostró aquella tarde el Cacique de Dorien.

Con prontitud reunió a su pueblo y se trasladó a la plaza. Una curiosidad grande mezclada de terror se reflejaba en aquella gente, que pronto había de presenciar algo extraordinario. Miraban alternativamente a la infeliz Guaré y a Zulai, anhelante a su lado.

Kaurki se acercó lentamente, se agachó sobre la anciana, colocó sus manos sobre su rostro, le hizo unos cuantos pases misteriosos, y luego, mirándola con fijeza, le gritó imperativamente:

—Despierta, Guaré, ¡yo te lo mando!

Respondió a este mandato una manifestación de vida en el cuerpo de la anciana; el rígido arco desaparece y ella cae sobre su dorso. El semblante se anima, y adquieren sus párpados una vibración apenas perceptible.

—Ya no eres bucurú, levántate.

A esta segunda frase, ella abre sus ojos de mirada vaga, los fija en él, se incorpora, y luego, ayudada por su hija, se levanta.

El pueblo, abismado ante el poder de su jefe, le aclama entusiasmado; él, con aire desdeñoso y despreciativo, se aleja volviendo las espaldas a sus protegidas. Toma el camino del Palenque y toda su turba le sigue.

Solas quedan madre e hija; se miran con inteligencia, y una sonrisa de agradecimiento dulcifica el semblante de la primera. Comprende bien que algo extraordinario le ha sucedido, y que a Zulai le debe su vida; pero nada pregunta. Se deja conducir por ella, y llegan pronto al rancho de Yurán.

Las recibe éste con franca alegría, lamentando que por causa de la ausencia de Hianté, su hermana (que había quedado al cuidado de la casa de Zulai, en el Coebí) no pudieran ser bien atendidas. En esta vivienda tranquila pasan el día, compartiendo con el dueño su alimento.

En la noche, cuando ya se recogían, oyeron rumor de voces, y vieron acercarse un pelotón de gentes del pueblo con teas encendidas a la cabeza de un tzugur.

Zulai tembló. ¿Sería posible que ya mandasen a reclamarla? Y sus presentimientos no fueron engañosos; Kaurki enviaba a buscarlas.

Obedeciendo sus órdenes, siguieron al puñado de gentes que las condujo a un rancho amplio, separado del Palenque donde las esperaba. Le hallaron nervioso, y con mirada escudriñadora las observó, saludó con un imperioso "buenas noches", y las colmó de atenciones, mostrándoles el rancho con sus

utensilios y comodidades, sin olvidar llenarlas de valiosos regalos con que pretendió deslumbrarlas.

—Todo esto es para ti, Zulai; pero contéstame delante de tu madre, ¿serás mi mujer?

Ella, infeliz, que se sacrificaba por la salud ya recobrada de Guaré, no tuvo más remedio que contestar afirmativamente. Abismada quedó la madre al ver tan repentino cambio, y temió que la chiquilla se hubiese dejado seducir por las riquezas.

Aquella noche, cuando Kaurki se alejó, todo quedó concertado: se casarían dentro de tres días.

Antes de dormir, quiso Guaré tener alguna explicación con su hija; pero la encontró tan poco comunicativa que desistió, y apenas se conformó con advertirla de los sinsabores de la vida y darle consejos.

¡Cómo sufrió Zulai al escuchar, silenciosa, esa voz suave y cariñosa! ¿No debía ella acaso confesarle la verdad? Así, tal vez, podrían escapar juntas y huír lejos de Dorien y de ese odioso prometido. Pero no, ella debía callar; al descubrir su secreto se desvanecería el mérito; por lo tanto, debía escuchar y aprobar. ¡La fe la sostendría, esa fe ciega en su amado Ivdo!

Llena de confianza en el porvenir, dejó transcurrir estos tres días; y cuando veía los preparativos de fiesta y oía el alegre bullicio que armaban los servidores de Kaurki; cuando entre sorbo y sorbo de chicha festejaban las vísperas, cerraba sus ojos y se hacía la ilusión de que Ivdo había de ser su dueño.

.....

Llegó la mañana temida. Dorien estaba de gala. En el templo dedicado al Dios Sol se ofrecía sacrificios a los dioses. El tzugur predilecto, Adaum, dirigía la ceremonia. Los fuegos sagrados se encendieron, e inmediatamente apareció Zulai radiante. Su cabello suelto resaltaba sobre la manta de colores vivos en que estaba envuelta, y ceñía su frente el collar de las águilas de oro, regalo del Cacique.

Kaurki, con la corona de oro y plumas, brazaletes y collares de jade, caites vistosos, etc., parecía feliz.

Sumisa, obediente, mas con tristeza profunda, cumplió Zulai su papel; pasó por todas las ceremonias, con esa resignación sublime que la hemos visto tener en otras ocasiones.

Vino luego la fiesta; los cantos, por no decir gritos, y la característica danza, que en toda ceremonia importante formaba número principal del programa.

Los caciques también tomaban parte activa en el holgorio, y Kaurki, que no conocía la sobriedad, no sólo bailaba, sino que bebía sin medida, y, siguiendo su ejemplo, el pueblo se emborrachaba.

En sus ebriedades, este rudo jefe siempre hacía alarde de valor, y en aquel día insistió con terquedad en buscar rival entre sus amigos; creyó encontrar desconfianza o dureza entre sus oyentes, y picado en su vanidad, retó a un acaudalado pariente a ir con él a la selva, luchar cuerpo a cuerpo con una

puma o con un tigre, para vencer, probando su fuerza y arrojo, y traer la fiera, como trofeo, a su bella Zulai.

Nadie chistaba ante los mandatos de Kaurki.

Al poco rato cesó la fiesta. Las mujeres volvieron al Palenque, y el pueblo, en desordenados grupos, siguió al Cacique y los grandes hacia el bosque. Allí, internándose cada vez más en la espesura, buscaban sigilosamente los rastros de la caza. De pronto uno de ellos percibió huellas frescas de danta, y al lado las hondas y bien marcadas señales del tigre. El entusiasmo subió de punto; redoblaron sus pesquisas, corriendo cuidadosamente entre breñas y llanuras, hasta llegar fatigados al playón de un río, en cuyas orillas perdieron las pisadas de las fieras.

Contrariado por su mala suerte y detenido por la corriente, se encolerizó Kaurki, plantándose a esperar allí hasta ver aparecer a su víctima al alcance de su flecha. Entre los juncos y zarzales se escondió.

Cuando ya se impacientaba, vió llegar por la ribera opuesta una cierva, que saliendo de la maleza, mirando recelosa a todos lados, se acercó a beber agua. El la midió, y disparó su flecha con tal acierto que le atravesó el corazón. Saltó el animal con nerviosa presteza, y en su brinco cayó hacia atrás exhalando doloroso bramido. Pero toda aquella fuerza muscular volvió a manifestarse en su postrera energía vital: se incorporó, y su instinto la forzó a huir al charral, donde cayó de nuevo para no levantarse más: estaba muerta.

El cazador atravesó ligero el río, llegó al lado opuesto, y corrió a recoger su presa. Se precipita sobre ella entrando al charral, y ya la palpa, ya con sus fuerzas hercúleas va a levantarla en peso, cuando una bocaracá le aprisiona una mano entre sus venenosos colmillos, inoculando la muerte en sus venas.

A su grito de dolor corren a socorrerlo sus servidores, y lo llevan a Dorien en busca de medicamentos, y antes de podérselos aplicar, le hallan moribundo.

Ya le hemos visto al principio de esta narración en la sala real del Palenque. Conocemos la historia de la joven india que de manera tan forzada es su esposa; sabemos las pruebas dolorosas a que ha tenido que someterse Zulai, y pudimos penetrar sus pensamientos (mientras se extinguía poco a poco la vida de Kaurki), abriendo un paréntesis, que ahora cerramos.

Sigamos a la infeliz criatura a través de la senda escabrosa por la que irremediamente tiene que pasar. Oiremos sus tristes quejas, y apreciaremos la nobleza de ese ser nacido para purificarse en el dolor.

.....

Ella no sabe si Kaurki agoniza realmente por veneno de víbora, como dijo la multitud, o si es el curare que Ivdo le prometió reunir en las selvas para emponzoñar las entrañas del monstruo, el que hace su efecto. Por eso, después de hacerse tantas re-

flexiones de sus pasados días, vino este tumulto de encontrados sentimientos y amargas dudas a agolparse en su mente, ofuscándola con siniestras visiones.

El silencio de la estancia es sepulcral. El moribundo apenas suspira. Por la puerta del Palenque se filtra incierta luz; la tarde llega a su fin, y el sol va a ocultarse ya, tiñendo de rojo el espacio.

La figura de Zulai, agachada sobre el agonizante, imprime a la escena un sello de misteriosa belleza: la luz que se extingue envuelve su perfil en tonos indecisos de reflejo y sombra; todo es soledad y tristeza. De repente un bulto aparece en el umbral de la puerta, se desliza a lo largo de la pared y se confunde en la cuasi obscuridad de la estancia. A los penetrantes ojos de la india no se le oculta la figura de un hombre alto, que trae en la diestra un fuerte mazo de piedra; su aspecto es feroz, tiene erizado el cabello y demudado el semblante. Ella le reconoce: es Ivdo. Está trastornado, ha perdido su belleza, los celos han hecho de él un hombre-fiera. Va resuelto a raptar a Zulai, aunque para ello tenga que matar a Kaurki. Nada sabe de la agonía del Cacique, y ofuscado por un solo pensamiento, oculto por las sombras, se acerca en actitud terrible al *waa-kon* (lecho real). La impresión que produce en la niña es tan viva, que se queda muda; no pudo articular ni una sílaba. Le mira con vehemencia, ve que levanta su brazo y mide la distancia entre éste y Kaurki; pero momentos antes de que descargue el

arma sobre el moribundo, le lanza ella tal mirada de terror que, sin hablarle, le suplica, le pide clemencia con sus expresivos ojos; y aquella energía sugestiva, plegaria suprema del pensamiento, paraliza el brazo de Ivdo que cae desplomado al lado de su cuerpo, y éste también se doblega, permaneciendo en humilde postura unos segundos. . . Luego, ambos escuchan un suspiro profundo. . . Es Kaurki que muere.

En voz muy queda vienen las explicaciones. Zulai habla y su acento es la viva expresión del dolor. Ivdo, abrumado, le pide perdón. Ella deja caer la cabeza en el pecho de su amante y él dice con énfasis:

—Zulai, amada mía, ven. El espíritu del Bien nos protege; no tuve que manchar mis manos en sangre para obtener mi premio. Ven: aquí todo es tinieblas, tristeza y muerte. . . Allá te aguardan la luz, la vida y mi amor. Ven: el Sol se ha ocultado ya; hoy es el día de tus bodas.

Y ella le contesta llena de ternura:

—Sí, Ivdo; sí, tuya soy. Llévame lejos, donde no llegue a mí ni el más leve recuerdo de estos fatales días de angustia. Quiero descansar, quiero estar siempre a tu lado. . .

Se desata el collar de águilas de oro que ciñe su frente, y lo deposita sobre los restos de Kaurki, diciendo:

—¡Descansa sobre tu dueño, collar brillante! Mis sienes ardían a tu contacto; no quiero sino lo

que es de mi amado, y deploro que al ser adornada contigo esta mañana, la caricia abrasadora de sus manos cayó sobre mi cabellera, y la siento contagiada por su roce! . . .

Se disponen a salir, cuando aparece cerca de ellos Hianté, con paso trémulo y aspecto temeroso, y cruzando las manos, en tanto que escucha hacia el exterior con interés vivísimo, murmura:

—¡Ivdo, Zulai, daos prisa! Seguidme . . . por esta puerta de escape. Velaba por vosotros. Yo os salvaré del peligro que ya cernía sus negras alas sobre vuestras cabezas . . . Gracias al buen genio que os defiende estaremos a salvo. Pronto. No os detenáis . . .

Huyen, y una vez que llegan cerca de la casa de Mamita Guaré, continuó la fiel amiga:

—Ahora sí, ya podemos hablar; mi hermano Yurán fué por mí al Coebí, y aunque no os he visto, de lejos he pensado en vosotros. ¡Me he confundido entre el pueblo, y también he oído todo lo que hablan los grandes! . . . ¡Necios! . . . ¡Se fían de mí porque me ven gibada y me creen tonta también! Mejor . . . Por eso me impuse de sus intrigas, y pude escuchar la acusación que el sanguinario Adaum, el preferido del Cacique muerto, vertió al oído de Irzuma contra ti, mi querida Zulai.

El ruin enemigo de Yurán murmuró: “Zulai ha infringido los ritos sagrados, cometiendo el sacrile-

gio de no abandonar al agonizante cuando nada ni nadie pueda salvarle.

Sígueme Irzuma, y te convencerás de que debemos castigar tan tremenda osadía, con la pena mayor.”

Cuando se disponían a sorprenderte, yo corro al Palenque, os advierto, y os traigo conmigo a la casa de Guaré: entremos... (Luego, mirando hacia atrás y extendiendo sus brazos, continuó):

“¡Oh! Adaum, hijo de las tinieblas, ¡qué terrible chasco te espera!...”

Llegaron nuestros tres fugitivos al rancho, donde aguardaba la viejecita a Zulai, con lumbre encendida, a cuyo reflejo se veía desde la entrada su figura interesante y patética, sentada en actitud de espera y resignación; no había tenido valor para ir a buscarla pasando sobre los sagrados ritos que tanto respetara, y en aquella quietud dejó correr las horas, sin acordarse siquiera del alimento. Pensando siempre en aquel Palenque odioso, abstraída en sus penas estaba, cuando, al sentir pasos, levanta nerviosamente la cabeza y contempla delante de sí a Zulai. ¡Qué inmensa alegría reflejó su marchito rostro! Pero no viene sola—observó—, le acompañan Hianté y un extranjero. Este, en tanto que Hianté y Zulai se gozan contemplando la alegría de la anciana, se le da a conocer, estrechándole con filial cariño las flacas manos entre las suyas, fuertes y vigorosas.

No interrumpamos las escenas de íntima dicha que tuvieron lugar en aquella humilde choza, donde palpitaron al unísono los corazones, y veamos qué ocurrió en la sala mortuoria del Palenque, después de la huída de Hianté y sus jóvenes protegidos. Apenas acababan éstos de salir, cuando un tropel de indios, en cuyos rostros se mezclaban los rasgos propios de la indignación y la amenaza, penetró desordenadamente en la fúnebre estancia, llevando en alto teas encendidas. Iban capitaneados por Adaum y seguidos por Irzuma.

Cuando hallaron la estancia ocupada solamente por el cadáver de Kaurki, no tuvo límites el rencoroso despecho del ruin tzugur. Escudriña ansiosamente todos los rincones, y, al verse chasqueado, sólo piensa en tomar pronta venganza, idea que se acrecienta en él más y más, en tanto que Irzuma le reconviene, recomendándole mayor sinceridad y menos pasión, y sale ordenando con imperioso ademán despejar la estancia.

Volvemos a encontrar a la anciana Guaré, dichosa con la vuelta de Ivdo, al cual regala con substanciosa cena, sencilla colación de la que participan luego las tres mujeres, escuchando atentas los mil pormenores de la vida del valiente amigo. El puso en autos a Guaré del misterioso encuentro con Zulai y de sus secretos amores y proyectos, contándole reservadamente todo lo concerniente a la crueldad de Kaurki, el sacrificio de Zulai para libertarla del

horrible *bucurú*, en que el tirano Cacique la sumiera, y por fin, el providencial desenlace de tantas maquinaciones y esperanzas.

En vista de todo esto, la anciana, recobrando su acostumbrada energía y resolución, se dirigió a Zulai, diciéndole así:

—Tú, hija mía, eres merecedora de que el valiente y generoso dueño de tus amores te acompañe y conduzca por el sendero difícil de la vida. Tus hermosas cualidades tendrán su premio. Déjame meditar.

Y aquella noche, hasta muy tarde, reunidos todos alrededor de la lumbre, estuvieron discutiendo, y acordaron el mejor plan de conducta que para el logro de sus proyectos habían de seguir.

Los funerales del Cacique Kaurki revistieron la pompa que en la tribu se acostumbraba emplear en casos análogos. Corrió la chicha después de terminados los sagrados ritos. El Gran Usékara, arrogante, bien posesionado de su alta dignidad, presidió las ceremonias, a las que concurrieron, sin faltar uno, todos los tzugures y suquias, reuniéndose en la sala real del Palenque, desde la cual fué conducido al bosque el amorado y repugnante cadáver regio en unas andas, seguido de la multitud entre la cual caminaban Zulai y Guaré...

Cuando llega el cortejo ante el árbol sagrado, se detiene a la voz de un tzugur, y tras breve descanso, son colocados los despojos en un camastro de

paja, envueltos en hojas de bijagua y caña blanca; amarran luego el conjunto con bejucos y lo depositan bajo una enramada en alto, donde debe quedar durante doce lunas, para que en ese tiempo desaparezca la carne de sus huesos, y queden éstos limpios para conducirlos a su última morada, donde permanecerán definitivamente sepultados entre sus joyas, sus cacharros y sus esposas, el día de la gran fiesta de los huesos.

La expectativa del día en que, terminado el plazo fatal, debiera ser sacrificada Zulai a las bárbaras costumbres de su pueblo, pesaba sobre ésta y los suyos con abrumadora tristeza, no obstante la resolución de substraerse a ella, según lo acordado en el rancho de Guaré aquella noche de la muerte de Kaurki.

En virtud de un especial permiso concedido por Irzuma, el heredero de Kaurki, volvieron Zulai y su madre al Coebí, alejándose dichosas de Dorien. Hianté, Ivdo y Yurán las siguieron, y este último sancionó secretamente la unión de Ivdo y Zulai, y les ofreció continuar prestándoles apoyo en los contratiempos que les pudiera ofrecer el porvenir.

Días de inexplicable dicha pasaron los jóvenes desposados, entregados como las aves a vagar entre las selvas cantando sus amores, y recorriendo aquellos rinconcitos que, cuando niños, les abrigaron de los recios chubascos, o de los dardos del fulgurante rey de los cielos durante las horas de la siesta. No quedó nido, ni flor, ni alto picacho, ni arroyuelo

alguno, por aquellos alrededores, que dejaran de recibir las alegres vibraciones que emanaban de aquellas almas tan arrobadas en su dichoso edén... Pasados los primeros arrebatos, se dedicaron juntos al cultivo de la tierra, trabajo en el cual empleaban las mejores horas del día; y era de ver la alegre expresión de sus rostros cuando, cansados de cuerpo, pero ligeros de ánimo, regresaban a su casita, en la puerta de la cual les esperaba sonriente la bondadosa Mamita Guaré.

Hallábase Ivdo un día cortando con su hacha de piedra el tronco de un árbol corpulento, del cual pensaba servirse para renovar los viejos horcones que sostenían el rancho de Guaré. Zulai admiraba su varonil desenvoltura. El tronco cedió al fin, y ambos corrieron para librarse de ser por él aplastados. Crujió el árbol, saltó de su tronco, y al chocar con la tierra, un tenue fulgor se desprendió de su ramaje, en el mismo instante que algunos estampidos repercutieron por el bosque, de eco en eco, quedando inmóvil el abatido cedro, y dejando en el ánimo de los esposos penosa impresión. Al restablecerse el silencio, se oyeron a lo lejos algunas voces. Ivdo temió que alguien encontrara a Zulai en su compañía en aquel apartado y solitario lugar, y la ocultó con arte bajo el frondoso ramaje caído, observando que del charral vecino salían cuatro indios. Aunque armados según la costumbre, su actitud parecía amigable: avanzó uno de ellos hacia él diciéndole al llegar:

—Buenos días—, a cuyo saludo contestó Ivdo.

Era el recién llegado un joven de agradable fisonomía, de mediana estatura, anchos hombros, adornada su cabeza con vistosas plumas, sargas de semillas de vivos colores y colmillos rodeándole el cuello y el desnudo pecho, envuelto de la cintura a las rodillas por un ceñidor de mastate, calzando caites de piel de puma, y armado de lujosos arco y flechas.

—¿Qué haces aquí?—dijo a Ivdo.

—Corto unos horcones para mi rancho.

—Creo conocerte... ¿Quién eres?

—Yo soy Ivdo.

—¿Ivdo? (y entornando sus ojos, como ape-
lando a un recuerdo). ¡Ah!, sí... tú eres Ivdo, aquel
que, buscando aventuras, se marchó de Dorien. Sí,
cuando nos conocimos te odiaba mi tío Kaurki. ¿Por
qué era eso?

—Lo ignoro. Yo jamás lo desobedecí. Siempre
me persiguió sin motivo, y, según decires, por odio
a mis padres.

—Dime, ¿recuerdas tú a Irzuma?

—Irzuma eres tú.

—Sí, lo soy, contestóle afablemente éste. Yo soy
Irzuma el Cacique, y no te quiero mal: soy tu amigo.

A poco de tan original encuentro habían en-
trado señor y vasallo en amigable intimidad, y éste,
a ruego de aquél, refería algunas de sus aventuras
y mencionaba los adelantos hechos por él en el arte
de la escultura, la fundición y la cerámica, que
aprendiera allá en tierras lejanas.

—Ya había recibido noticias de tus habilidades, díjole Irzuma, y celebro haber tenido la suerte de encontrarme hoy contigo, porque necesito de un hombre de las condiciones tuyas, para encargarlo de la organización de los trabajos de adorno para el día de la fiesta de los muertos.

—Siento, Irzuma, decirte que yo no sirvo para eso. No he nacido para subordinarme a nada ni a nadie; pero si quieres, déjame ejecutar alguna obra libremente, en piedra o en oro, y quedarás satisfecho.

Aceptó la oferta el Cacique, complacido del carácter resuelto de Ivdo; le pidió que bajase pronto a Dorien, recordándole que ya cuatro lunas habían transcurrido desde la muerte de su tío. Dispuesto para partir, agregó:

—¿Dónde queda el rancho de Zulai? Tengo que avisarle a la viuda y su madre que vuelvan al poblado, para que ayuden a tejer petates y a pintar cerámica.

Ivdo, disimulando su ansiedad, le explicó dónde quedaba la chacra, y el camino que a ella le debía llevar.

¡Transida de terror, salió la infeliz Zulai de su escondite desde el cual había escuchado, sin perder palabra, la conversación de que se ha hecho referencia!

¡Ya se vió desterrada de su encantado paraíso, lejos de su amado, y enterrada viva en el día terrible de la fiesta de los huesos! La vuelta al poblado era

la separación, porque el permanecer allí reunidos era infundir sospechas inevitables! Y ¿cómo podría ella vivir sin su Ivdo, la luz de sus ojos?

—¿Vas a abandonarme, Ivdo mío, si vamos a Dorien?

—¡Jamás, Zulai! Entraré a tu rancho, durante el silencio de la noche, cuando sólo la pálida y triste *Siva* (luna) será testigo de nuestro amor! ¡No te inquietes!

Aquella noche, después del crepúsculo, una claridad de luna nueva alumbró el camino de nuestros amantes.

¡Marchaban lentamente hacia su hogar arrastrando sus trozas!

Pasaron dos meses sin dar cumplimiento al mensaje de Irzuma; pero repetido que fué, hubo que abandonar el ranchito en que reinaron la dicha y la abundancia por virtud del amor y el trabajo. Al internarse en el camino de la montaña, corrieron las lágrimas de Zulai, mirando hacia el abandonado albergue.

El bondadoso Yurán les tenía preparada vivienda, contigua a la suya, y los recibió con muestras de verdadero cariño en Dorien.

Ivdo, que no aceptó el ofrecimiento de habitar con Irzuma en el Palenque, pidió un rancho solitario, y se dedicó a ejecutar el retrato en escultura que recordara la cabeza de Kaurki, esperando siempre las sombras de la noche para volver donde su compañera, de cuyo lado se alejaba al amanecer,

antes que el sol se levantara. Y ella empleaba el día en pintar raros cacharros de barro cocido, usando curio de diferentes matices. La disposición de los dibujos corría de cuenta de Yurán, versado en el simbolismo religioso y su representación tradicional, añadiéndoles indicaciones de Ivdo, que Yurán aceptaba con admiración.

En varias ocasiones se dieron cita los contrariados amantes, para llegar por diversos caminos al árbol sagrado del bosque, lugar poco frecuentado a causa del terror supersticioso que producía el cadáver de Kaurki.

Cierto día, cambiaban en aquel sitio sus impresiones y proyectos para eludir el terrible destino que les esperaba. Ivdo estaba sentado, puliendo las facciones del Cacique en el bloque de piedra, que ya iba a terminar; su posición inclinada le separaba por completo los collares del pecho, y Zulai, que lo contemplaba, reparó en una honda cicatriz que él tenía sobre el pectoral derecho.

—¿Qué señal es ésta, Ivdo?

—¿Esta?—dijo él mostrando el lugar.—Mi madre, que era muy bella aunque ciega, me refería que fué una marca que me hizo mi padre cuando yo era niño, recomendándole decirme que su sentido había que buscarlo allá, por donde sale el sol.

Zulai examinó atentamente el ancho tatuaje hecho por dos líneas negras, así: +. Luego añadió:

—Ivdo mío: esta señal debe ser agradable al Buen Espíritu, y yo le presto adoración, porque

siempre que Yurán me ordena pintarla, me dice que es cosa muy grande su significado. Trazada por tu padre, la miraré siempre en tu pecho como un mensaje que él nos enviara desde el país de las almas, allá detrás de las colinas, donde el sol se hunde todas las tardes.

El retrato de Kaurki fué grato a los ojos de Irzuma, (1) y en pago de él le hizo regalo de varios terrenos, recordándole la promesa de labrar una figurilla de oro.

No tardó Ivdo en dar cumplimiento a su promesa. Con pepitas de oro, que él mismo recogió entre las arenas de uno de los arroyos de los montes de Dorien, ejecutó una pequeña obrita, que era la expresión de un soberano, tal cual él lo concebía: sin lujosos mantos de plumas, sin flechas, sin collares ni brazaletes, coronada su cabeza por dos grandes plumas levantadas, como símbolo de la elevación del ánimo, y entre ellas un yunque en el que debían resonar tan sólo los martillazos dados por la inteligencia, la energía y la bondad.

Zulai, encantada de la obra, la tuvo sobre su cabeza algún tiempo antes de que le fuese entregada a Irzuma. Este disimuló la impresión que el idolito le produjera; lo admiró, pero comprendiendo la amarga lección que su simbolismo encerraba.

Se sintió herido por ella, y no obstante, le dió al autor las gracias más expresivas, y le hizo con-

(1) Fig. C.

templar la gran cantidad de figuras, cacharros pintados y lujosos tejidos, que para la gran fiesta tenía reunidos ya. Durante el tiempo que invirtió en esta tarea, consiguió olvidar la impresión del choque que le venían produciendo, desde hacía largo tiempo, las genialidades y la independencia del carácter del artista aventurero; pero al despedirse de él, aquella impresión revistió imponentes proporciones.

Un acontecimiento, de muy antiguo anunciado por la tradición popular, vino a distraer a Irzuma de sus afanosos cuidados respecto de la Fiesta de los Huesos. Fué éste la invasión de Dorien por una tribu guerrera, que comandaba la poderosa reina Kirabéi. Ya los osados invasores pisaban los llanos del Tapiri, cuando tuvo el Cacique noticia de ello, y lleno de indignación, se aprestó a la lucha; pero consultada la voluntad de los dioses, los augures sagrados previnieron de la inutilidad de la defensa contra un acuerdo del destino, de orden inevitable. Y en efecto, la experiencia demostró cuán estériles resultaron los sacrificios de aquellos que desoyeron tal consejo.

De allí a poco, los guerreros de Kirabéi, que dominaban por doquiera, no esquivaron sus enlaces con las hijas de Dorien, y durante el tiempo de su dominación, costumbres, lenguaje y creencias, sufrieron esenciales transformaciones. Construyeron sus hogares de manera diversa que los indígenas; cambiaron los sistemas de cultivo; introdujeron abun-